

Tiranía y paranoia

El Nuevo Herald 2-23-91-10
Por ORLANDO BOSCH

En la historia de la sangre y de los pueblos hay siempre más de un acto, y en esos escenarios son miles de cubanos los que han caído por mandato y responsabilidad de la tiranía y sus verdugos. Aunque Martí, indignado ante los crímenes y la intransigencia de los españoles, sentenció que los grandes derechos no se compran con lágrimas sino con sangre, la mayoría de los cubanos preferimos una solución decorosa a la tragedia de nuestra patria donde la sangre no sea la única alternativa, y mejor aún, la última de ellas, y donde las nuevas penas que tengamos que lamentar, no estén en el castigo a los grandes culpables, sino en el crimen contra quienes no lo fueron.

Pero cuando una tiranía está en el poder, cuando la obstinación y la perversidad de un orate rechaza o se agazapa para trampear todo posible entendimiento, cuando se piden aperturas y reformas sin hacer referencia a la forma, aunque éstas comprometan el honor, la historia y el devenir moral de un pueblo, cuando se envían al azar mensajes de diálogo al enemigo, arbitrados por la ignorancia y la ingenuidad, o por ambiciones, cálculos o demagogia medrosa, cuando han fracasado o caído en el vacío todos los intereses, sugerencias y soluciones democráticas y pacíficas, cuando el silencio cínico o la procacidad desafiante de la tiranía han sido las respuestas a toda intención de reformas serias y democráticas en aras de una solución lo menos traumática posible, cuando todo ello y mucho más arrincona a los hombres y a los pueblos, nadie debe estar autorizado a seguir tremolando la bandera intimidante y apocadora de la paranoia ante la sangre y cualquier estrategia o forma que pudiera fraguar y concluir la solución de su tragedia.

Miedo y prudencia

El miedo es natural en el hombre llamado prudente, que después tienen que vencer los hombres llamados valientes. Ese miedo paranoico de muchos no puede seguir siendo por más tiempo el maestro y guía del deber y el arrojo; esos temores de algunos son más horribles porque inspiran y crean la misma sensación en otros muchos. Además, en las luchas por la libertad, cuando se quiere cambiar la honra por la paz, sólo se cosecha la deshonra y no se obtiene la paz. Donde no hay camino, sino selva de bayonetas y criminales, los pies sangran como los de Cristo para el esplendor y gloria de la fe, de la paz y de la patria en nuestro caso.

Cuando la tiranía cierra esos mismos caminos con irreversible y criminal intransigencia, las heroicas decisiones de los pueblos están fuera de toda regla convencional y posibles explicaciones hipotéticas. Quizás no podamos escapar a la sentencia conformista que muchos llaman "destino". En el caso cubano se ha hecho más difícil vaticinar o profetizar en qué manos, en qué cancillería o en qué intereses está el cascabel de ese incierto "destino".

Por otro lado, ya fuera por impotencia, por incapacidad o por polémica repugnante en el destierro, por restricciones o interferencias poderosas, por falta de respeto al legítimo designio de nuestro destino, o porque nuestra patria se ha convertido en un peón de las grandes potencias y sus intereses, o por todas ellas juntas, los cubanos debemos interesarnos y poner nuestras pasiones y coraje al servicio de la solución más factible y dignificante, cualquiera que ésta fuera, aun cuando la crueldad del enemigo nos retara en su terquedad y contumacia.

Los grifos de la sangre

Los grifos de la sangre los abrió Castro; nosotros tenemos que taponarlos a como dé lugar, ya fuere con plomo, ya fuere con la sangre, ya fuere con la levadura del entendimiento y las reflexiones, así como hasta con el diálogo sincero y transparente con quienes no están empantanados en sangre, pero siempre con una agenda previa y bajo la observación y verificación de garantes internacionales serios y responsables. Me refiero a generales, ministros, líderes, jefes del partido, etc., o quienes fueren que de buena fe estén en disposición de decapitar al tirano para terminar esta guerra tan cruel y fratricida.

Frente al diabólico hombre que se ha erigido en dictador a perpetuidad, me acoto a las palabras de Félix Varela. Sálv de Cuba bajo la mirada de muchos hombres. Hombres que después se convirtieron en mártires. Y por tanto, jamás iré a dialogar con los asesinos de mis mártires. Así, pues, y si algún día resulta lo que se estima un entendimiento con la tiranía por decisiones propias o presiones ajenas, que vayan otros, pues prefiero quedarme arrinconado en algún lugar de la tierra con la nostalgia y el dolor patrio clavado en el corazón. Que vayan si quieren confiados en riesgos y posibilidades, así como con los medios que consideren, dignos e indignos, a recoger quizás los despojos que la hiena pueda abandonar. Yo y otros bastantes cubanos quedaremos en el destierro, no por intransigencia, sino por vergüenza, pero sin odios ni rencores para poder salvar la honra de lo que quede si todo resulta ser un nuevo fracaso o una traición más. A unos y a otros les recuerdo que nuestro pueblo y la historia, que es émula del tiempo, depósito de acciones, testigo del pasado, ejemplo y aviso del presente, así como advertencia del porvenir, a cada uno juzgará por separado. Por ello prefiero correr el riesgo del error al que algunos llaman intransigencia, antes que el del oprobio y la traición.

ORLANDO BOSCH, médico cubano y luchador anticastro, reside actualmente en Miami.